

Globethics Repository



La historia del Ecumenismo en América Latina [History of Ecumenism in Latin America]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Pagura, Federico
Publisher	CLAI Consejo Latinoamericano de Iglesias
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-12 22:42:52
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/191448



La historia del Ecumenismo en América Latina

Panamá: inicio de la Cooperación Evangélica Continental

Hemos juzgado conveniente remarcar el evento que institucionalmente puso en movimiento la caminata ecuménica que pretendemos evaluar, a saber, el Congreso que tuvo lugar en Panamá, entre los días 10 al 20 de Febrero de 1916. Congreso que el Dr. Wilton Kelson, uno de los primeros directores del Seminario Bíblico Latinoamericano, consideraba más bien una conferencia misionera que una asamblea eclesiástica. Por la sencilla razón de que de los 230 delegados oficiales, sólo 149 eran de América Latina, y de ellos, solamente 27 eran oriundos del Continente o del Caribe. Por otra parte, aunque la presidencia fue ejercida por el Prof. Eduardo Monteverde de Uruguay, el programa

había sido preparado por misioneros, y el idioma en que se desarrolló fue el inglés.

¿Qué importancia tuvo entonces este evento para las comunidades evangélicas que sólo hacia medio siglo habían comenzado a organizarse en América Latina?

Primero, que el Congreso era convocado como respuesta a la Primera Conferencia Misionera Mundial auspiciada por todas las Misiones protestantes europeas y estadounidenses, en la ciudad de Edimburgo, para tratar la obra misionera en Asia, África y Oceanía, con exclusión de los pueblos latinoamericanos por considerarlos nominalmente cristianos. Ya desde 1818 y 1874, la Sociedad Bíblica de Gran Bretaña y la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMGA), respectivamente, habían iniciado

La Asamblea de Panamá dio un sentido de identidad y de solidaridad a un protestantismo emergente en el continente. De ahí en adelante, las misiones en América Latina debían proclamar un evangelio de vida, y no solamente quedarse en atacar la corrupción y los errores de la Iglesia Romana.

trabajos en estos territorios; en Panamá, dice don Wilton Kelson “nace el movimiento ecuménico evangélico en América Latina”. Y Jean Pierre Bastian, no sin reconocer que a partir de Panamá se instala el concepto del protestantismo como “aspecto religioso del panamericanismo” que Estados Unidos de Norte América quiere promover, evalúa en estos términos el significado del Congreso: “Sin duda alguna, el congreso impulsó el arranque de un movimiento evangélico continental que marcó los principios de una obra protestante con conciencia de su finalidad. Se trataba de “alcanzar” ya no solamente a los pobres, sino también a las clases dirigentes, de propiciar una evangelización de los indígenas y de responder al reto de “la revolución industrial que se aproxima a América Latina”, con un evangelio social, de abrir un espacio para la mujer en la sociedad y de desarrollar iglesias auto-sostenidas, con un liderazgo nacional”.

... La Asamblea de Panamá dio un sentido de identidad y de solidaridad a un protestantismo emergente en el continente. De ahí en adelante, las misiones en América Latina debían proclamar un evangelio de vida, y no solamente quedarse en atacar la corrupción y los errores de la Iglesia Romana.

Tenían que trabajar unidos para alcanzar a todas las clases sociales, sin despreciar las costumbres locales”.

A partir de ese Congreso, comienzan a celebrarse una serie de congresos regionales en Lima, Santiago, Río de Janeiro, La Habana y San Juan de Puerto Rico; se organiza el Comité de Cooperación en América Latina (CCAL), que va a cumplir una labor muy efectiva en la promoción de trabajos interdenominacionales de las Iglesias Evangélicas; se fundan en Méjico y Buenos Aires, Seminarios Teológicos Unidos (1917); se convocan dos nuevos Congresos Interamericanos con creciente participación y dirección de líderes latinoamericanos (Montevideo, 1925, bajo la presidencia del Prof. Erasmo Braga de Brasil; La Habana, 1929, presidido por el Prof. Gonzalo Báez Camargo, de Méjico). Se destacan también en otra etapa el establecimiento en 1927, de la Misión Latinoamericana en Costa Rica, por Harry Strachan, que cumpliría una vasta misión en Centroamérica y otras regiones del continente; y la fundación de la Unión Latino Americana de Juventudes Evangélicas, en Lima, Perú. Todo esto acontece en medio de una creciente discusión sobre temas sociales (indigenismo y problemas industriales y rurales), sobre la relación y los roles entre misioneros y nacionales, y sobre los riesgos de vincular el protestantismo con los propósitos del imperialismo norteamericano. Final-

mente, como un signo profético, un pastor metodista cubano, Dr. Luis Alonso, lanza en La Habana la idea de constituir una “Federación Internacional Evangélica” en el continente y el Caribe. Semilla que solo empezaría a germinar 20 años más tarde.

Multiplicidad del Movimiento de Cooperación Evangélica: la corriente ecuménica, el ala “evangélica” y sus programas o proyectos

Evidentemente, a pesar de que uno de los propósitos fundamentales del Congreso de Panamá fue la promoción de la unidad del pueblo protestante en América Latina y el Caribe, a pesar de todas las recomendaciones aprobadas en tal sentido, y a pesar de las funciones que el Comité de Cooperación desarrollaría en procura de una creciente colaboración y coordinación en los trabajos de evangelización, educación y servicio de los distintos cuerpos eclesiásticos evangélicos que actuaban en territorio americano, la incompatibilidad entre las misiones con base eclesiástica y las llamadas “misiones de fe” no pudo ser superada. Y algunos cronistas comentan que, a diferencia de la Conferencia de Edimburgo, que dio lugar a la formación del movimiento de “Fe y Constitución” para examinar, comprender y superar las diferencias entre las distintas Iglesias participantes, el Congreso de Panamá, aunque consciente del problema y de las tensiones que engendraba, no tuvo la lucidez, la visión ni el coraje para aplicar la misma fórmula a la situación latinoamericana, y dejó un vacío que nos ha acompañado hasta tiempos bastante recientes. A ese hecho, habría que añadir las fuertes controversias y mutuas agresiones con la jerarquía de la Iglesia Católico-romana; así como la profunda crisis económica de los años 30, de calamitosas consecuencias para todos los pueblos de América Latina, y que avivó la lucha ideológica entre capitalismo y marxismo, en la que las fuerzas cristianas se vieron atrapadas, confundidas y, en muchos casos, profundamente divididas.

Mientras tanto, algo importante estaba aconteciendo en el mundo ecuménico en el ámbito mundial que conduciría en 1948 a la fundación del Consejo Mundial de Iglesias en Amsterdam, Holanda, sobre la base de un solo artículo de fe: a saber, la aceptación por las iglesias constituyentes, de “Jesucristo como Dios Salvador”. Al naciente Consejo se adhirió el Consejo Internacional Misionero (fundado en 1921), y se creó un Comité Conjunto que serviría como señal de la estrecha relación entre la unidad de la Iglesia y la misión, representadas por las dos

corrientes del movimiento ecuménico. Un importante protagonista de este, en esos años, el Dr. Mackay, cuenta en una disertación que pronunció en noviembre de 1961 ante el Comité de Cooperación en América Latina, que 20 años antes de esa histórica Asamblea de Amsterdam, en abril de 1928, había tenido lugar en Jerusalén, más precisamente en el Monte de los Olivos, una reunión misionera mundial, que para él significó “una de las más grandes experiencias de su vida”. Textualmente escribe: “Tres miembros de la Conferencia habían sido seleccionados para describir la situación cristiana en diferentes áreas del mundo consideradas como especialmente importantes y difíciles. El Obispo Lintcon de Persia habló sobre el mundo islámico, el Dr. Stanley Jones habló sobre la India, y yo hablé sobre América Latina. Tuve el privilegio de dejar en claro que aquellos que estábamos realizando trabajo misionero cristiano en América Latina, no estábamos allí como fanáticos anticatólicos. Estábamos allí porque el problema básico de América Latina, era el de la secularización. Nuestra tarea como cristianos evangélicos era la de dar significado y pertinencia a las más elementales realidades cristianas: la Biblia, Cristo, la vida cristiana y la conducta. Lo que dije, añade Mackay, “fue apoyado por ese gran hombre de Brasil, Dr. Erasmo Braga, y por el Dr. Guy Inman, Secretario del Comité de Cooperación en América Latina”.

La acogedora actitud de la Conferencia y la influencia de dos grandes anglicanos evangélicos, el Obispo de Salisbury y William Temple, entonces Obispo de Manchester y más tarde Arzobispo de Canterbury, nos llevó a eliminar el muro de separación que había sido levantado en Edimburgo dieciocho años atrás. América Latina fue reconocida como parte de la “oikoumene” misionera. Diez años más tarde, la Conferencia Misionera de Madras, India (1958), recibió como miembros, a una gran delegación oficial de protestantes latinoamericanos.

En el mismo año en que nacía en Amsterdam el Consejo Mundial de Iglesias, celebraba en San José de Costa Rica, su vigésimo quinto aniversario el Seminario Bíblico Latinoamericano (SBL), que originalmente había abierto sus puertas en 1923 como Escuela Bíblica, institución dedicada a la capacitación bíblica de mujeres. Mencionamos esa fecha y esas dos organizaciones: la primera, de carácter mundial, como fraternidad de Iglesias que confiesan a Jesucristo; la segunda, como institución interconfesional y regional de capacitación teológica, no sólo porque se yerguen como signos de una misma causa: la unidad y la misión de la Iglesia en los comienzos del

medio siglo que aquí estamos considerando y evaluando, sino porque representan hoy una feliz confluencia de dos corrientes ecuménicas, en un proyecto que está prestando un invalorable servicio a la causa del Reino, en nuestro continente y en la región caribeña.

El período que nos ocupa tiene lugar bajo los efectos de la Segunda Guerra Mundial, en un continente que se halla a medio camino entre una sociedad rural y una sociedad urbana en proceso de industrialización. Todo esto tiene su efecto en las Iglesias latinoamericanas y caribeñas, y especialmente en una dirigencia que se renueva, se torna crecientemente autóctona y va adquiriendo una mayor conciencia crítica sobre la situación y los problemas reales que aquejan a sus pueblos. Ante la imposibilidad de entrar en detalles, apelamos a la síntesis que el pastor Carlos Duarte nos ofrece en uno de sus valiosos escritos:

Los cambios políticos sufridos en el mundo luego de la segunda guerra mundial fueron enormes e influyeron sobre las iglesias que tenían campos misioneros. Un elemento decisivo fue el cierre de las zonas de misión en el Lejano Oriente, fundamentalmente en China. Esto provocó que muchas iglesias pusieran nuevamente su mira sobre América Latina. Estas, con un discurso político nuevo y agresivo, fueron recibidas como una competencia desleal y una amenaza contra las iglesias ya establecidas.

La transformación de las sociedades latinoamericanas que, gracias a la guerra, debieron industrializarse, introdujo en las iglesias la temática del desarrollo y el crecimiento económico. Las primeras respuestas a estas cuestiones fueron el asistencialismo y los proyectos de desarrollo. Lentamente, el objetivo de la misión cambiaba del proselitismo a la asistencia social. Este fue el primer contacto con los sectores marginados de las sociedades de América Latina.

El movimiento ecuménico se intensifica y las iglesias descubren que muchos de sus logros y fracasos eran comunes y compartidos. Con este trasfondo, tienen lugar en América Latina y el Caribe una serie de importantes reuniones continentales o regionales que procuran ofrecer espacios de encuentro, intercambio y cooperación entre las distintas Iglesias y organizaciones confesionales o interconfesionales que actúan en la región.

Jean Pierre Bastian, que en su *Breve Historia del Protestantismo en América Latina* hace un buen análisis de este período desde una perspectiva sociológica y teológica, señala que la década de los 50 muestra el protestan-

El movimiento ecuménico se intensifica y las iglesias descubren que muchos de sus logros y fracasos eran comunes y compartidos. Con este trasfondo, tienen lugar en América Latina y el Caribe una serie de importantes reuniones que procuran ofrecer espacios de encuentro, intercambio y cooperación.

tismo latinoamericano dividido en dos líneas de acción: una, con acento en la civilización y la cultura y en estrecha relación con el Consejo Mundial de Iglesias; la otra, centrada en la evangelización (conversionista), a prudente distancia de Ginebra y con firmes lazos con asociaciones evangélicas conservadoras, como la Comunión Evangélica Mundial (ICCC) constituida en 1951 en Woudschoten, Países Bajos.

De la primera vertiente nacen tres Conferencias Evangélicas Latinoamericanas que se realizan sucesivamente en Buenos Aires (Julio de 1949 - 1ª CELA; en Lima, Perú (Julio-Agosto 1961 - 2ª CELA) y en Ramos Mejía, Prov. de Buenos Aires (Julio de 1969 - 3ª CELA), con buena representación de las Iglesias protestantes históricas, y en menor proporción, de la corriente evangélica y del movimiento pentecostal que ya daba evidencias de notable crecimiento en el continente.

La primera CELA se concentró en el estudio de “la realidad latinoamericana y la presencia de las iglesias evangélicas” así como del “mensaje y misión del Cristianismo evangélico para América Latina”, pero según el juicio crítico de Bastian, aunque los líderes del momento tenían conciencia nacionalista “no encontraron un discurso y un proyecto de evangelización que respondiera a los desafíos de las masas miserables”. Y en ese sentido, más que el principio de un protestantismo latinoamericano, la CELA I expresó el fin del proyecto evangélico liberal para el continente”.

La 2ª CELA que incluyó en su temario “La situación actual de la obra evangélica en América Latina - Nuestro Mensaje y nuestra tarea inconclusa”, señala en sus conclusiones según Dafne Sabanes Plou, “la mayor inserción en la realidad social del continente que van teniendo las iglesias y el movimiento ecuménico”... exige “un esfuerzo serio por descubrir las consecuencias del mensaje del Evangelio en la vida global de nuestros pueblos”.

Y por último, la 5ª CELA, que contó primordialmente con delegados de Consejos o Federaciones de Iglesias, salvo en aquellos países donde no existieran, recibió por primera vez a dos observadores designados por la Iglesia Católica Argentina, como gesto de reconocimiento por la participación de observadores protestantes en la Asamblea de Medellín (1968). Tanto Orlando Costas como José Míguez Bonino que participaron en toda la Conferencia, reconocen el resurgimiento de una nueva conciencia protestante, pero sobre todo que se manifiestan tres líneas en esa conciencia que son totalmente nuevas. El reconocimiento de la situación revolucionaria que se mueve en el continente y de las justas demandas de los oprimidos; la afirmación de que el Evangelio no se refiere únicamente a la vida personal, sino a las estructuras mismas de la sociedad, y la posibilidad de un compromi-

so revolucionario de los cristianos. CELA III introdujo una nueva perspectiva socioanalítica, con la posibilidad concomitante de un nuevo curso de acción.

Dentro de esta misma corriente que recibe su inspiración del Consejo Mundial de Iglesias, surgen el Movimiento Estudiantil Cristiano (MEC-1954); Iglesia y Sociedad en América Latina (ISAL-1961), más tarde convertido en ASEL (Acción Social Ecuménica Latinoamericana); la Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana (CELADEC-1962); Misión Urbana y Rural (MISUR) y Unidad Evangélica Latinoamericana (UNELAM-1964) que será la encargada de convocar la Asamblea de Oaxtepec, en 1978. Todos con sus respectivos órganos de comunicación escrita.

El pastor Zwinglio M. Díaz, en un valioso ensayo que titula “Evaluación Crítica de la práctica Ecuménica Latinoamericana” afirma:

La verdad es que los movimientos ecuménicos van a cobrar fuerza y significación, en el panorama eclesial continental, a partir de la década del 60... teniendo su período de esplendor desde 1965 a 1975”.

Y luego añade,

Salta a la vista, por lo tanto, que el desarrollo de los esfuerzos ecuménicos corrieron paralelos con el despertar político de las masas latinoamericanas y van a reflejar, con mayor o menor intensidad, la misma problemática vivida por todos aquellos comprometidos con los esfuerzos de transformación de la realidad, social del continente.

Casi paralelamente, durante este mismo período, el ala evangélica que podríamos llamar conservadora (ecuménicamente independiente) y que en un principio tuvo uno de sus centros más importantes en San José de Costa Rica, sede de la Misión Latinoamericana, hizo sentir su presencia, a través de campañas masivas de evangelización como la que Billy Graham desarrolló en el Caribe, Centroamérica y México en 1958, o a través de la Cadena Cultural Panamericana (DIA) que desde 1959, llega a aglutinar y coordinar más de 75 radiodifusoras en el continente; o de “Evangelismo a Fondo” (EVAB), que organizado en 1960 por la División de Evangelización de la Misión Latinoamericana, y estructurada en segmentos nacionales, desarrolló su programa durante aproximadamente una década y perduró como CELEP (Centro Evangélico Latinoamericano de Estudios Pastorales) y del Instituto de Evangelização em Profundidade do Brasil.

Finalmente, debemos mencionar el trabajo con estudiantes universitarios “Cruzada Estudiantil y Profesional, para Cristo”; LEAL (Literatura Evangélica para América Latina) organizado en 1955, y los Congresos Latinoamericanos de Evangelización (CLADE I, Bogotá 1969; CLADE II, Huampaní, 1982; y CLADE III, Quito 1992) organizados por la Fraternidad Teológica Latinoamericana.

La primera CELA se concentró en el estudio de “la realidad latinoamericana y la presencia de las iglesias evangélicas” así como del “mensaje y misión del Cristianismo evangélico para América Latina”.

“Porque creemos en la importancia de la tarea que Dios asigna a su Iglesia en sus planes de liberación de la humanidad, en su plan redentor para América Latina, que nos atrevemos a soñar en crear un organismo de relación ecuménica que pueda ayudar en alguna medida a cumplir esa tarea”.

Ambas corrientes han tomado contacto en distintos eventos, han hecho intercambio de líderes, de trabajos y publicaciones y los que tuvimos ocasión de participar al menos en parte del Congreso de CLADE, en Ecuador, no pudimos menos que dar gracias a Dios, no sólo por la acogida recibida, sino por el fecundo liderazgo de teólogos como René Padilla, Guillermo Cook, Samuel Escobar, Valdir Steuernagel y muchos otros, que abrieron surcos y sembraron semillas, para que hoy un valioso liderazgo joven se levante más que como promesa, como realidad al servicio del Reino y de la causa ecuménica en estas inmensas tierras de Abya Yala.

EL CLAI

En 1978 nace el Consejo Latinoamericano de Iglesias. Reconocemos que en nuestra caminata ecuménica de las últimas décadas, hemos dejado de lado, o sólo mencionado muy fugaz e injustamente, a instituciones, proyectos y trabajos ecuménicos de cualquiera de las corrientes del Protestantismo o los Protestantes Latinoamericanos (como prefiere llamarlos Bastián), que han cumplido o siguen cumpliendo roles importantes en la historia religiosa de nuestro continente y el Caribe. Nos referimos a las Sociedades Bíblicas, las Asociaciones de Instituciones de Educación Teológica, las Asociaciones Cristianas de Jóvenes y de Señoritas, al SERPAJ (Ecuador), ALFALIT (Costa Rica), organizaciones de apoyo a comunidades indígenas, a centros de estudio y publicaciones como el DEI (Costa Rica), el Centro Diego de Medellín (Chile), el CEC (Argentina), el Centro Antonio Valdivieso (Nicaragua), CEDI y CESEP (Brasil) y muchos otros semejantes, así como las numerosas organizaciones ecuménicas de Refugiados o de Derechos Humanos que vieron la luz en los tiempos más tenebrosos de las dictaduras militares, y más recientemente ALC, la Agencia de Comunicaciones para América Latina y el Caribe.

Con motivo del término de mi mandato como presidente del CLAI desde la Asamblea de Oaxtepec (1978) pasando por la Asamblea Constitutiva de Huampaní (1982), la de Indaiatuba (1988) y concluyendo con la Asamblea celebrada en Concepción, Chile (1995), me vi obligado a revisar, recordar y evaluar esta parte de la historia del ecumenismo evangélico o protestante de nuestra América y el Caribe, en la que me vi permanentemente comprometido. Y al hacerlo tuve no sólo un profundo sentimiento de gratitud y humildad por el privilegio y la responsabilidad que me fueron confiados, sino también por las fuerzas y el ánimo que Dios nos dio

a los que durante tantos años nos comprometimos en esta difícil, pero preciosa causa ecuménica.

Por otra parte, pude tomar conciencia de lo que el Apóstol Pablo sentía, cuando escribiendo a los cristianos de Corinto les decía:

A fin de cuentas, ¿quién es Pablo?, ¿quién es Apolo? Simplemente servidores, por medio de los cuales ustedes han creído en el Señor. Cada uno de nosotros hizo el trabajo que el Señor le señaló; yo sembré y Apolo regó, pero Dios es quien hizo crecer la planta. De manera que ni el que siembra ni el que riega son nada, sino que Dios lo es todo, pues él es quien, hace crecer la planta. (I Cor 3:5-7)

Esa ha sido nuestra experiencia y nuestra historia, al repasar las distintas etapas que nuestros predecesores debieron recorrer para abrir surcos y plantar semillas, de las cuales nuestra generación ha podido recoger preciosos frutos.

Especialmente creo que debemos sentirnos deudores a ese grupo de hermanos y hermanas del continente y el Caribe, que en días muy difíciles y peligrosos, cuando las Iglesias se debatían entre la crisis del capitalismo dependiente, los desafíos de la revolución cubana, la cadena de dictaduras militares que iban imponiendo el nefasto proyecto cuyos amargos frutos seguimos cosechando, y una polarización sociopolítica de la que prácticamente nadie pudo escapar, se lanzaron a interpretar una nueva aventura por la unidad y la misión liberadora a que el Evangelio nos convoca. Me refiero a ese grupo de hermanos de UNELAM que entre 1964 y 1978, lanzan su proclama;

“Es porque creemos en la importancia de la tarea que Dios asigna a su Iglesia en sus planes de liberación de la humanidad, en su plan redentor para América Latina, que nos atrevemos a soñar en crear un organismo de relación ecuménica que pueda ayudar en alguna medida a cumplir esa tarea”.

Y a pesar de todos sus intentos, en los que se destaca la brillante personalidad del que más tarde sería Secretario General del Consejo Mundial de Iglesias, pastor Emilio Castro, se sienten condenados, dice la Sra. Sabanes Plou “como súbditos de eclesiásticos reaccionarios” por los progresistas, y “como aliados de pseudo-cristianos marxistas”, por los conservadores. Así naufraga un esfuerzo bienintencionado, en medio de un encarnizado conflicto ideológico apoyado sobre bases muy endeables, como lo eran los concilios, federaciones y alianzas eclesiásticas de aquellos días, y sin el apoyo de las Iglesias y de gran parte del liderazgo ecuménico predominante en

UNELAM desarrolló un intenso programa de encuentros regionales y continentales sobre temas de importancia como el rol político de la Iglesia, la acción no-violenta frente al cambio social, el rol de la mujer en la Iglesia y la sociedad, el ecumenismo, el movimiento pentecostal, y el tema cristológico “¿Quién es Jesucristo hoy en América Latina?”, que constituía una preocupación en el mundo ecuménico de aquellos días.

la década del 60.

Y sin embargo, no sólo debemos reconocer que en esos diez años UNELAM desarrolló un intenso programa de encuentros regionales y continentales sobre temas de importancia como el rol político de la Iglesia, la acción no-violenta frente al cambio social, el rol de la mujer en la Iglesia y la sociedad, el ecumenismo, el movimiento pentecostal, y el tema cristológico “¿Quién es Jesucristo hoy en América Latina?”, que constituía una preocupación en el mundo ecuménico de aquellos días, sino que también supo percibir a tiempo cuándo sus recursos y posibilidades se habían agotado, y preparar el camino para que otra organización u otro equipo humano tomara la posta a fin de llevar adelante la causa de renovación y unidad por la que habían estado trabajando. Y lo hicieron con tanta nobleza y dignidad, que renunciaron a participar en todo nuevo proyecto, y a pretender influenciar en cualquier decisión que las Iglesias quisieran tomar en esa encrucijada.

Así fue convocada la Asamblea de Oaxtepec, en 1978, y así nació CLAI, “entre el recelo y la esperanza” como “bien lo expresara el Dr. Míguez Bonino. Así lo sentía yo mismo, como lo expresé en un artículo que me fue solicitado al término de la Asamblea:

De pronto, casi sin darme cuenta, me sentí arrancado de mi mullido asiento del auditorio, para verme envuelto, a pesar de mis temores y temblores, en una de las aventuras más apasionantes del movimiento ecuménico en América Latina.

No voy a entrar en los detalles de ese largo camino recorrido, ya que en Concepción presentamos el libro *Caminos de Unidad* que los registra ampliamente. Por otra parte, en estos mismos días hará su aparición en Quito el Libro de la III Asamblea General en Concepción, donde mi último informe presidencial se ocupa extensamente del tema, pensando en la nueva generación que deberá ir asumiendo la responsabilidad de la conducción del Consejo. Sólo me reduzco a enumerar algunos de los logros de esta rica experiencia ecuménica que ha significado la marcha del CLAI, y luego a señalar algunos de los desafíos que nos presenta el tercer Milenio.

Creo que el pastor Carlos Duarte ha percibido muy bien el sentido del ecumenismo que desde el comienzo fue inspirando la marcha de nuestro Consejo Latinoame-

ricano de Iglesias, y por eso me permito transcribir uno de los párrafos de su libro *El otro rostro de la 'Religión* que hemos publicado y difundido en nuestro continente:

*El grupo de iglesias que componen el CLAI es tan heterogéneo que resulta imposible destacar la eclesiología predominante en el organismo. Sin embargo, esta riqueza y diversidad expresa realmente el punto de partida de este organismo ecuménico: la realidad latinoamericana. Desde los inicios de su historia, el CLAI ha definido dos principios en su comprensión de la tarea ecuménica: en primer lugar, es posible la diversidad en la unidad. Unidad no es sinónimo de uniformidad, no es el predominio de una expresión que anule y supere a todas las demás. La unidad en la diversidad es la aceptación activa de las tensiones que las iglesias viven entre sí y es, también, la aceptación de realidades diversas. Es el reconocimiento de que si bien el Evangelio es uno, su transformación y difusión necesita encarnarse en una determinada expresión de iglesia y cultura. Es el reconocimiento, en el otro, de una presencia divina común. Reconocimiento que va más allá de una mera tolerancia para transformarse en fraternidad activa. En segundo lugar, las raíces del CLAI están en el pueblo latinoamericano, en su diversidad polícromada, en sus historias locales, en sus tradiciones seculares, en la música de sus pueblos y razas. Las raíces del CLAI se hunden en la tierra fecunda de las necesidades de los pueblos latinoamericanos. Porque un principio fundamental de las iglesias que conforman el CLAI es que el verdadero escándalo de la división en América Latina, más que la división denominacional es la división entre aquellos que pueden satisfacer sus necesidades básicas y de los que no lo pueden. Entre los que comen y los que no; los que tienen ropa y vivienda y los que no; entre los que leen, escriben y trabajan, y los que no. Esta división entre los que pueden vivir dignamente y los que apenas sobreviven en medio de un clamor continental de necesidades insatisfechas es mucho más escandaloso y desafiante que las propias diferencias doctrinales. **SV***

Federico Pagura es argentino, obispo metodista (em) y fue presidente del CLAI de 1978 hasta 1995.